

CUENTO N° 169

TÍTULO: EL PIANO, UN CUENTO AMORAL

SEUDÓNIMO: MATEO CRONOS

AUTOR: MANUEL JESÚS ARAYA DÍAZ

“El piano, un cuento amoral “

Mateo Cronos

Tenía doce años cuando a mi madre, sin haber razón ni causa, se le ocurrió comprar un piano para mí y mis dos hermanos menores. Fue una cosa muy extraña porque hasta entonces, en nuestra familia, nadie sabía nada de música ni de instrumentos musicales y menos de saber tocar el piano. Nuestra máxima habilidad, en lo que a música se refiere, consistía en saber apretar el botón que hacía sonar “la radio”. En lo demás; ni siquiera la guitarra ni la popular armónica.

Cuando mi madre quedó sola y con el escaso dinero que le dejó mi padre, se instaló con un almacén de barrio, chico y vulgar, que sin embargo le permitía mantener a su familia y hasta darse algunos lujos no apropiados para nuestra condición social.

Asumimos que mi madre, después que mi padre nos había abandonado, buscaba una manera, muy propia de ella, de suplantar su ausencia. Comprar un piano era algo tan raro como comprar un submarino.

Así fue como nos dimos a la tarea de buscar un piano que cumpliera con los requisitos clásicos de toda adquisición, requisitos básicos llamado de las tres B: Bueno, Bonito y Barato.

Los pianos ofertados eran aprobados y/o rechazados por mí. ¿Por qué? Porque de los tres hermanos, yo era el que menos condiciones musicales tenía; mal oído, nada de ritmo y además desafinado. Me salvaba de esta reprobación mi

capacidad innata para “hacer teatro”, para fingir un conocimiento o una habilidad que no tenía y hacer una representación ostentosa de ella. Mi madre decía, con cariño y orgullo, que yo era un loco. Que era capaz de hacer cualquier payasada con el objeto de llamar la atención y obtener un resultado, bueno o malo.

De las muchas ofertas que recibió y de los numerosos pianos que mi madre me hacía probar, aunque –repito- yo no tenía ninguna idea cómo tocarlos, terminamos en la última oferta, según un “dato” recibido de una vieja amiga de mi madre.

Recuerdo cuando llegamos a la casa del vendedor. Un barrio pobrísimo, sin veredas y de calles sin pavimentar. Es posible que ni siquiera tuvieran luz eléctrica. No había nada y hasta los perros parecían haber abandonado el lugar. Las pocas viviendas que había nos hizo fácil encontrar la dirección que buscábamos.

La casa de adobe, pequeña y de muebles antiguos y raídos, de vidrios quebrados y sucios con cortinas aún más sucias, ennegrecidas y desgarradas.

Quienes vendían el piano era un matrimonio joven, muy joven, tal vez menor de treinta años. Él se veía muy mal, flaco y mal vestido. Ella se veía peor, parecía estar enferma y daba la impresión que una gran pena la embargaba. Juraría que habían corrido muchas lágrimas por su rostro. No sabría explicarlo pero había en ella algo que me había conmovido.

Nos contaron, después de las presentaciones, que él era el violinista y ella la pianista. El piano se veía bien en contraste con el entorno.

Cuando mi madre mostró interés en su compra, me pidió lo que era usual, que lo probara esperando que el “loco”, como en las ocasiones anteriores, deslizara una mano por las notas blancas, arrastrándolas y luego con un dedo las tocara, una a una, al azar. Todo un espectáculo; teatral.

Pero para su sorpresa esta vez fue diferente, porque simplemente yo dije, amurrado; “No sé tocar”.

El joven pareció asustado. Me di cuenta que tal vez temía que se le frustrara la venta. Se notaba que estaba tan interesado en vender el piano que inmediatamente ordenó a su mujer que tocara “algo”

Ella estaba muy conmovida y con bastante desgano le sugirió: ¿Por qué no tocamos algo junto? Puede ser la última vez, dijo en forma casi inaudible.

El joven fue a buscar en una pequeña pieza contigua y después de un rato corto volvió con un desastroso violín y su arco. Ceremoniosamente le pidió a su esposa que tocara una sola nota, para afinar según nos informó.

Y tocaron lo que a mí me pareció una bella melodía, que por mi falta de conocimientos no podría decir si lo hacían bien o mal. Cuando terminaron de tocar y se produjo el silencio de rigor en espera de nuestro dictamen, ambos se dieron una mirada tímida y abochornada. Había notado que el rostro de la pianista

siempre estaba marcado por una profunda palidez y ahora me parecía observar en ella cierto rubor. Pero, lo importante era que el piano sonaba bien.

El rostro de mi madre así lo indicaba, de manera que cuando terminaron la pieza inmediatamente les dijo: “Está bien, me gusta. Estoy de acuerdo en el precio así que me lo llevo”.

Mientras mi madre se ponía de acuerdo con los vendedores –mejor dicho con el vendedor- fijé mi atención en el violinista. Además de flaco y mal vestido lucía demacrado. Parecía tener una enorme angustia y mientras mi madre le pagaba, contando los billetes uno a uno, sus ojos miraban hacia el suelo como si una gran vergüenza lo atormentara. Parecía un enfermo, ansioso y desesperado.

Después me fijé en ella, la pianista, que seguía atentamente la transacción. Era aún más flaca que su marido y su rostro ojeroso, devuelta a su palidez y sin rubor, tenía una mirada de dolor que me hizo entender, a pesar de mi corta edad, lo que estaba sucediendo.

Me di cuenta que las cosas no estaban en su sitio. Que lo que estábamos viendo estaba fuera de nuestro alcance y comprensión. Que en otro lugar, tal vez, las cosas serían de otra manera. Que esos jóvenes eran ángeles condenados a sufrir por un Dios que los había abandonado y a padecer una pena que ni siquiera ellos podrían entender.

Resueltamente enfrenté a mi madre: “Mamá, no quiero el piano, dije en tono de súplica. “No lo compres, déjaselos por favor”.

Y esta vez con un gesto teatral, muy propio de mi persona, ostentosamente le dije: “No lo necesitamos”

Mi madre, que ya estaba harta de mis conductas extrañas que afloraban en los momentos más críticos e inoportunos, me dio una mirada de severo enojo con el claro mensaje de: ¡Cállate!

-“Mamá, déjales el piano, por favor.

No me atreví a mirarle la cara, pero la escuché decir airadamente, como si hablara desde los mismísimos cielos: “Este niño no solo está loco, sino que además es tonto”.

FIN